

## DARWINISMO, DESAFÍOS FINISECULARES Y PROTESTANTISMO (1870-1900)

**Norman Rubén Amestoy\***

**Resumen:** En el último tercio del siglo XIX, el pensamiento teológico protestante fue puesto en entredicho, en especial en el carácter sobrenatural de la fe. Los principales desafíos se originaron en los nuevos desarrollos científicos, la filología, los cuestionamientos de la “alta crítica”, los estudios de las religiones comparadas y los cambios que planteaban la urbanización y el industrialismo emergente. En ese marco, la teología revelada ofreció confianza y seguridad en medio de las grandes transformaciones. A fines de siglo XIX, el sobrenaturalismo continuaba brindando sus explicaciones y su fe en el futuro, pero sin embargo las nuevas perspectivas habían desafiado de manera irreductible y definitiva los límites de la teología. En este artículo intentaremos precisar dichos desafíos y las respuestas operadas en el contexto norteamericano debido al peso que las posiciones asumidas tuvieron en los desarrollos del movimiento misionero y el protestantismo latinoamericano.

**Palabras clave:** protestantismo – darwinismo - alta crítica - religiones comparadas.

**ABSTRACT:** *Darwinism end of the nineteenth century defies and Protestantism. (1870-1900)* Protestant theological thought, particularly the supernatural character of faith, was severely questioned over the last third of the XIX century. New scientific developments, philology, “high criticism” argumentations, comparative religion studies and changes brought about by the emerging urbanization tendencies and industrialism gave birth to the main challenges posed against protestant theological thought. In the midst of such radical transformations, revealed theology provided confidence and assurance. As the XIX drew to a close, supernaturalism still upheld its explanations and its faith in the future, however, the new perspectives had relentlessly and definitively dared the limits of theology. This paper aims at outlining these challenges and the reactions stemming from them in the North American context owing to the weight those trends bore on the evolution of the Latin American missionary movement and protestantism.

**Key words:** Protestantism - Darwinism - high criticism - compared religions

### Introducción

Uno de los hechos más significativos en la historia del pensamiento protestante del último tercio del siglo XIX, fue el cuestionamiento dirigido hacia la teología revelada y particularmente a las doctrinas históricas que hacían hincapié en los elementos sobrenaturales

---

\* *Rubén Amestoy* es Doctor en Teología por el Instituto Universitario ISEDET (Buenos Aires). La tesis doctoral como becario de Zending en Wereldiakonaat (Holanda) versó acerca de "Difusión y Cultura Protestante en el Río de la Plata; El rol del metodismo en la génesis del Uruguay; 1868-1904". Es profesor invitado de la Cátedra de Historia de la Iglesia en el Instituto Bíblico Buenos Aires. Sus áreas de Especialización son: Historia del Protestantismo en el Río de la Plata e Historia de la Iglesia en América Latina. Coordina el Centro de Estudios Teológicos “Martin Luther King” en Córdoba y es miembro de la Fraternidad Teológica Latinoamericana (FTL). E-mail: rubennamestoy@yahoo.com.ar

Norman Rubén Amestoy

de la fe. Estos desafíos provenían de los nuevos desarrollos científicos experimentados en la biología, la física, la astronomía, y la geología, como así también por los avances producidos en el terreno de la filología con los aportes de la “alta crítica” y los estudios efectuados en el campo de las religiones comparadas. Por otra parte, una vez concluida la Guerra Civil estadounidense, surgieron nuevos modos de vida y conocimiento como fruto del crecimiento de la urbanización y el industrialismo<sup>1</sup>. En este artículo intentaremos precisar los desafíos y las respuestas operadas en el contexto angloamericano debido al peso que las posiciones asumidas en el mismo tuvieron en los desarrollos del movimiento misionero y el protestantismo latinoamericano. Un hecho significativo cuando hacemos historia del protestantismo en el continente es la escasez de estudios de los desarrollos teológicos operados en el contexto anglosajón y que fueron decisivos en la conformación de las mentalidades misioneras tal como se deja ver cuando analizamos los primeros periódicos evangélicos en lengua castellana, como fue el caso de *El Evangelista* (1877-1886) para el Río de la Plata.

### El cuestionamiento del darwinismo.

Si bien los desarrollos que señalamos hicieron una notable contribución para socavar las fortalezas de la teología revelada, la teoría de la evolución orgánica fue de manera indiscutida la principal doctrina que incidió en su desmoronamiento. En el momento en que apareció *The Origin of Species*<sup>2</sup> de Darwin (1809-1882), en 1859, gran parte de los pensadores y teólogos más educados entre las mentalidades protestantes, junto con la mayor parte de los naturalistas, habían aceptado las doctrinas implícitas en los estudios geológicos de Charles Lyell (1797-1875)<sup>3</sup>. Para el geólogo británico, la tierra no había sido hecha en siete días, sino que se había desarrollado a través de eones<sup>4</sup> de tiempo, lo cual llevó a Henry Adams a señalar que Lyell había destruido el Jardín del Edén. El trabajo de Ch. Lyell había servido para preparar el camino para la evolución orgánica, sin embargo, el darwinismo era la culminación de una corriente de ideas que ya llevaba mucho tiempo en desarrollo, y resultó más perturbador para la teología tradicional que lo que habían sido las conclusiones de Lyell con respecto a la edad de la tierra.

Al reunir pruebas en contra de la realidad de las especies fijas, Darwin y su escuela quitaron las columnas de la creencia sobrenatural de que el hombre había sido creado por Dios a su imagen. Si el darwinismo tenía razón, el muro que separaba el reino animal del dominio del hombre se derrumbaba por completo. Si la teoría de evolución orgánica era aceptada, la Biblia estaba errada al sostener que el hombre había caído de un estado elevado; más bien había ascendido de manera pausada, desde los simples orígenes animales. Si el hombre se había desarrollado a través de la evolución natural, si la supervivencia y la adaptación, la variación y la lucha gobernaban el curso del desarrollo, resultaba difícil sostener que un Dios de sabiduría y bondad superior había presidido un simple acto de la creación. Desde que en la articulación del sistema teológico del designio, las plantas y los animales se constituían en los eslabones más fuertes aplicables a la cadena del designio, las nociones de mutación de las especies, de disputa, adaptación y supervivencia parecían arruinar en su totalidad dicha concepción.

Con todo el conflicto entre la doctrina de la evolución y la teología revelada era más profundo. Por un momento, el tembladeral en el mundo de las ideas fue tan marcado, que todo el método apriorístico para llegar a la verdad parecía que debía ser descartado si el darwinismo era aceptado. El darwinismo, por otra parte, amenazaba despojar a los feligreses

protestantes de toda sensación de seguridad, en un tiempo donde la seguridad era necesaria en un contexto que estaba cambiando rápidamente su dinámica rural hacia otra industrial y urbana. Los cimientos de la existencia parecían estar tambaleando. Si el darwinismo representaba una nueva piedra angular, la doctrina parecía convertir a la vida en una mera variante de la materia, sin misterio ni significado espiritual.

En vista del influjo de los valores religiosos sobre las grandes mayorías estadounidenses, incluidos los naturalistas y científicos, resulta poco sorprendente que el darwinismo tropezara al principio con la repulsa general.

En ese primer momento, el mayor adversario fue Louis Agassiz (1807-1873), quien reunió argumentos científicos contra la doctrina de la evolución orgánica. Señaló, por ejemplo, que no todos los órganos primitivos eran simples o explicables en términos del desarrollo gradual. Pero fundamentando su oposición al darwinismo, estaba su previo rechazo del lamarckismo, una teoría predarwiniana de la evolución que insistía en la herencia de los caracteres adquiridos. En su *An Essay on Classification* (1859)<sup>5</sup>, Agassiz había insistido en que la gran diversidad de las especies provenía de las repetidas creaciones de Dios, después de los cataclismos sucesivos que separaban una era geológica de la otra, y que las especies, siendo ideas de Dios, eran inmutables. Hasta su muerte, en 1873, se negó a aceptar las nuevas doctrinas de Darwin<sup>6</sup>.

También la lealtad a la religión explicó, en parte, la oposición de James Dwight Dana (1813-1895), poseedor del Premio *Copley* (1877) de la *Royal Society of London* y el geólogo más destacado de los Estados Unidos. Hombre religioso, reverenciaba los misterios de la naturaleza, y halló los mejores testimonios de un Dios que todo lo abarcaba en la doctrina de que Dios había planeado y desarrollado el reino orgánico paso a paso, de acuerdo a un plan preestablecido. Sólo gradualmente modificó esta posición. De hecho, no fue antes de la edición final de su famoso *Manual of Geology* (1895)<sup>7</sup> que aceptó el darwinismo. Otros hombres de ciencia de mentalidad religiosa, se abstuvieron de aceptar la nueva doctrina en razón de su ortodoxia en materia de teología revelada. El presidente del *Columbia College*, Barnard, un distinguido hombre de ciencia, escribió en 1873 que la existencia de Dios y la inmortalidad del alma no podían ser sostenidas si la evolución orgánica era cierta.

La influencia de la fe y las mentalidades religiosas explican la tendencia de los primeros hombres de ciencia que aceptaron el darwinismo, a insistir en que no era en absoluto incompatible con la creación y el gobierno del universo por la divinidad. Asa Gray (1810-1888), el distinguido botánico de Harvard con quien Darwin había mantenido correspondencia antes de que apareciera *The Origin of Species*, rápidamente echó a un lado sus primeras dudas y reservas y se convirtió en el descollante propagador científico de la nueva doctrina. Pero incluso Gray, en sus primeros ensayos sobre la teoría de Darwin que aparecieron en *The Atlantic Monthly*<sup>8</sup> en 1860, dio gran importancia al argumento de que la selección natural no era incompatible con la teología natural. Al sostener que la selección natural no excluía la doctrina del diseño, y argüir que en consecuencia la nueva posición no era idéntica al escepticismo y el materialismo, Gray abrió el camino para armonizar protestantismo y darwinismo. Gracias al peso de su autoridad, su opinión fue en alguna medida decisiva e hizo posible que los hombres de ciencia con ideas religiosas aceptaran la doctrina. Entre otros hombres de ciencia que recogieron la idea de que el *fiat* omnipotente no excluía la teoría del desarrollo y las causas secundarias, George Frederick Wright (1838-1921), geólogo en Oberlin, fue especialmente importante<sup>9</sup>. Wright, que era religioso y a la vez geólogo, dio una vasta popularidad entre los creyentes ortodoxos a las interpretaciones

Norman Rubén Amestoy

de Gray acerca del darwinismo. Lo mismo hizo Alexander Winchell<sup>10</sup> (1824-1891) en *Ann Arbor* y Joseph Le Conte<sup>11</sup> (1823-1901) en Berkeley.

En general los líderes teológicos liberales aceptaron la posición de que la evolución se hallaba en armonía con los puntos esenciales de la fe cristiana. La adhesión del pastor congregacionista Henry Ward Beecher (1813-1887) a esta corriente fue un aporte inestimable, dado que su ministerio contaba con vastos auditorios<sup>12</sup>. En *Evolution and Religion* (1855), el predicador de Brooklyn declaró que la evolución era meramente “la interpretación del pensamiento de Dios tal como está revelada en la estructura del mundo”<sup>13</sup>. La predicación de Beecher en New York, era similar a la enunciada por Washington Gladden (1836-1918) en los púlpitos de Ohio<sup>14</sup>. Mientras tanto, en Boston, el influyente reverendo episcopal, rector de *Trinity Church*, Phillips Brooks (1835-1893) intentó no dar relevancia a la evolución, pero al enseñar que aun cuando la teoría fuera cierta, en modo alguno militaba contra el mensaje de Cristo, permitió que sus feligreses quedaran liberados para aceptar el darwinismo.

En 1887, Henry Drummond (1851-1897), hombre de ciencia y ministro evangélico escocés, conocido por su *Natural Law in the Spiritual World*, pronunció algunas ponencias en las conferencias educativas de *Chautauqua*, como asimismo en los principales colegios y universidades. Drummond predicó la identidad esencial entre la evolución y el cristianismo. Ambos, insistía, tenían el mismo Autor, el mismo espíritu, y el mismo fin; el cristianismo adoptaba el cuerpo, la mente y el alma del hombre en el punto exacto a que la evolución orgánica los había llevado, y luego proseguía su obra mediante el gradual proceso espiritual que daba los toques finales a la perfección del hombre<sup>15</sup>.

Con todo, el mérito principal por la conciliación entre la teología revelada y la evolución como así mismo por la difusión masiva de sus resultados, correspondió a John Fiske (1842-1901). A partir de sus conferencias en Harvard en 1869, jamás escatimó esfuerzos en su propósito de persuadir a sus auditorios de que la evolución era inmanente al plan del universo, y que era el camino elegido por Dios para alcanzar sus propósitos espirituales. La obra de Fiske, *Outlines of Cosmic Philosophy* (1874), en la cual adelantaba estas ideas, alcanzó las dieciséis ediciones. Sus obras posteriores, más penetrantes y populares, lo erigieron como uno de los representantes más entusiastas de la conciliación entre la fe y el pensamiento científico. A su entender, la ley natural estaba dotada de un claro propósito: la evolución espiritual del hombre constituía el horizonte indiscutido de todo el desarrollo pasado y presente, al punto de calificar al cosmos de teísta<sup>16</sup>.

En el ámbito del protestantismo, el reverendo Lyman Abbott (1803-1879), sucesor de Beecher en Brooklyn, fue quien enseñó de una manera más refinada las interpretaciones evolucionistas formuladas por Fiske. Tanto desde el *Illustrated Christian Weekly*, donde se desempeñaba como editor, como de la redacción del *Christian Union* de H.W. Beecher, Abbott no solo hizo gala de su exquisito estilo defendiendo el liberalismo teológico, sino también el *Social Gospel* y el evolucionismo<sup>17</sup>.

Otros renombrados eruditos favorecieron la adaptación del pensamiento cristiano a la doctrina de la evolución. Al demostrar los anacronismos en los que había incurrido históricamente el cristianismo ante cada innovación científica, volviéndolo irrelevante, John W. Draper<sup>18</sup> y el historiador Andrew D. White<sup>19</sup> (1832-1918), socavaron en gran medida la posición de los que combatían al darwinismo. La *History of the Warfare of Science with Theology in Christendom* (1896), del presidente de Cornell, fue extensamente leída y convenció a algunos críticos de la evolución de que los obstáculos no sólo resultarían infruc-

tuosos, sino además dañinos para el cristianismo.

Ahora bien, también hay que decir que más allá de la aceptación de las doctrinas darwinianas entre el protestantismo liberal, muchos pastores y feligreses, especialmente en las áreas rurales, se rehusaron a tener ningún acercamiento con la nueva doctrina<sup>20</sup>.

La conciliación de la evolución con el protestantismo en general, no fue, a nuestro entender, el único elemento que favoreció la extensión del darwinismo, pero sí fue un factor de peso para poder afirmarse en sectores cada vez más amplios de la mentalidad estadounidense. Algunos exponentes de la evolución defendieron la teoría sin ninguna referencia a la necesidad de armonizarla con la teología cristiana. Chauncey Wright (1830-1875), de Cambridge, Massachusetts, en un artículo publicado en *North American Review* en 1865, distinguió claramente entre la naturaleza de las ideas científicas y las religiosas, y dio prioridad a las primeras. En 1870, este notable estudioso publicó el primero de una serie de artículos sumamente importantes sobre la selección natural, sus aplicaciones y sus implicaciones<sup>21</sup>. Darwin manifestó su especial valoración por la originalidad y la relevancia de los estudios de Wright.

Diversos científicos, con escasas referencias a la confrontación entre naturalismo y sobrenaturalismo, continuaron sus investigaciones para ofrecer nuevas evidencias en favor de la hipótesis darwiniana. En Yale, el paleontólogo Othniel Ch. Marsh ordenó una colección de fósiles de una manera tal que pocos asistentes a sus exhibiciones podían dudar de que el caballo, había evolucionado a partir de formas más simples. Los valiosos ejemplares reunidos por Marsh de dinosaurios, pájaros desdentados, reptiles y mamuts, merecieron el entusiasta elogio de Darwin, porque contribuían a sacar a la evolución del dominio hipotético y a cimentarla como una verdad científica. El gran rival de Marsh, Edwar Cope (1840-1897), de Filadelfia, se desvió del darwinismo al sostener un concepción neolamarckiana de la teoría evolucionista, pero sus colecciones de fósiles del Oeste y sus estudios sobre la evolución del camello terminaron, en realidad, por reforzar la teoría darwiniana.

Otros hombres de ciencia sumaron su contribución al darwinismo al volver a examinar las clasificaciones tradicionales de los vegetales y animales, y al reordenarlas de acuerdo a la teoría de la descendencia y la selección. En el campo de la botánica aplicada, al igual que en los estudios de embriología, morfología y fisiología, y en los trabajos de distribución geográfica de las plantas y los animales, los científicos ofrecieron nuevas pruebas de la teoría darwiniana. Sin embargo, quizás ninguno presentó una demostración tan drástica como el botánico Luther Burbank (1849-1926). En 1875 comenzó a desarrollar en su vivero de Santa Rosa, California, nuevas formas de vida vegetal y a mejorar variedades bien conocidas, mediante una selección de los linajes superiores y el uso de las técnicas de la polinización cruzada e injertos<sup>22</sup>.

Durante su visita a los EE UU, las conferencias pronunciadas por el biólogo inglés Thomas Huxley (1825-1895), ayudaron a los estadounidenses a habituarse a escuchar los argumentos puramente naturalistas. La misma misión cumplieron las enseñanzas de Herbert Spencer, quien tiempo antes de su visita en 1882, encontró a los auditorios preparados, gracias a los esfuerzos de John Fiske, William Graham Sumner (1840-1910) de la *Yale College* y Edward Livingston Youmans (1821-1887) quienes habían oficiado como divulgadores de la filosofía evolucionista. Estas incursiones lograron importantes avances, a pesar de las concepciones metafísicas, presentes en el pensamiento de Spencer, que iban en detrimento de la confianza en el "sobrenaturalismo". Sin embargo, entre los propagandistas hay que resaltar la labor de E.L. Youmans quien a todas luces fue el principal promotor del ideario

*Norman Rubén Amestoy*

evolucionista. Fue él quien colocó al alcance de los lectores estadounidenses los grandes clásicos científicos de la Europa contemporánea, escribió textos científicos de utilidad y alcance popular, dictó conferencias por todas partes, y fundó y durante muchos años editó el *Popular Science Monthly*, un periódico que llevó a sitios inexplorados el mensaje de la evolución<sup>23</sup>.

La doctrina de la evolución orgánica se difundió con rapidez entre los miembros educados de las clases medias acomodadas. La recepción se debió, al menos en parte, porque proveyó de una defensa razonada de un modo de vida cambiante. Para los hombres reflexivos resultó cada vez más claro que la doctrina que venía siendo anunciada desde mucho tiempo atrás y que formaba parte de una larga tradición naturalista, ya tenía la madurez para instalarse socialmente y efectuar un cambio paradigmático. En ese marco, y entre el público que seguía su inspiración, Darwin fue recibido con entusiasmo; era otro mentor hacia el mundo de la razón. El darwinismo, de hecho, buscó reducir los elementos irracionales, antojadizos y trascendentales de la filosofía y la vida cotidiana. Hubo quienes lamentaron las implicancias directas que dicho ideario traía aparejado en la pérdida de confianza en el sobrenaturalismo. Otros en cambio, se regocijaron por la vitalidad que demostraban las ciencias.

El pensamiento científico comenzaba a explicar su propio origen en términos naturalistas con una autoridad diferente. Fue entonces que se comenzó a describir la composición química y física de los planetas, el sol, y la Vía Láctea; se inventaron instrumentos de medición para evaluar la velocidad de la luz y las distancias de los cuerpos celestes; se dieron los primeros pasos en la exploración del origen de la tierra y del sistema solar. Como consecuencia, las ciencias avanzaron hacia la solución de gran cantidad de interrogantes, aunque con la conciencia de era solo el comienzo. Lejos aún permanecían los últimos misterios, pero de hecho, la “revolución darwiniana” había establecido nuevas perspectivas, inventado instrumentos de incalculable potencialidad e incluso formulando nuevas concepciones acerca de la naturaleza del conocimiento y de la realidad misma, además de haber desafiado de manera irreductible y definitiva los límites de la teología revelada y del “sobrenaturalismo”<sup>24</sup>.

### **El desafío de la urbanización y el industrialismo.**

Sin bien el espacio del sobrenaturalismo había sido acotado, su vigencia continuaba intacta para un gran número de personas del último tercio del siglo XIX, aunque en la práctica estaba siendo desafiado de un modo hasta entonces desconocido. Una vez finalizada la Guerra Civil, resultó claro que los nuevos desarrollos inquietaban al espiritualismo teísta más pertinaz, de igual manera que a los teólogos e intelectuales más moderados. La aceleración de los constantes cambios e irrupciones introducidos por el naturalismo en áreas antes monopolizadas por la teología revelada, fue en primer término el resultado de las nacientes doctrinas de la evolución orgánica y en menor medida a la teoría de la correlación de las fuerzas.

El proceso de conciliar la fe con esas doctrinas fue más complicado que cuando se buscó armonizar el naturalismo con el sobrenaturalismo. La dificultad mayor radicaba en las concepciones implícitas en las nuevas doctrinas científicas, como así también en el derrumbe de las antiguas formas de vida y de los valores que funcionaban como su fundamento.

De estos cambios en las mentalidades ninguno fue tan relevante para los modos de vida, como el crecimiento del urbanismo. En las áreas rurales, la Iglesia era uno de los vín-

culos sociales más importantes, ya que dicha relación ofrecía la oportunidad para establecer amistades para toda la vida o incluso encontrar la pareja con la cual formar una familia. En las grandes ciudades, la Iglesia no podía aspirar a desempeñar esta función con exclusividad. En áreas metropolitanas, era una entre otras instituciones que competían socialmente por las adhesiones. La iglesia debía moverse en un ámbito más amplio, menos homogéneo, con mayor movilidad y por lo tanto más complejo. En general, los modelos eclesiales no poseían ni la organización ni la autoridad y el poder de atracción para contener en su seno a las clases trabajadoras urbanas. El púlpito protestante, enfocado en los sectores medios, estaba alejado de la problemática de los moradores de los inquilinatos pobres y de los trabajadores de los talleres. La aparición del *Social Gospel* (Evangelio social) en el protestantismo de fines de siglo fue una respuesta definida a la comprensión cada vez más clara de que la Iglesia no alcanzaba a conservar su influencia entre los pobres urbanos<sup>25</sup>.

El urbanismo también operó en detrimento de la observancia estricta del *sabbath*. Los contingentes de inmigrantes eran portadores de su propia manera de concebir la vida urbana, y para ellos, el séptimo día era percibido tanto para el recreo como para el culto. Esta concepción fue determinante para socavar el *sabbath* puritano. Hay que reconocer sin embargo, que la declinación del descanso dominical tradicional ya había perdido vigencia aun antes de la Guerra Civil. La causa principal era que los trabajadores industriales y mercantiles típicos, después de una semana rutinaria y trabajo agotador, anhelaban excitaciones y esparcimientos durante el domingo. Para brindarlas, se organizaron los esparcimientos comerciales. En respuesta a estas nuevas demandas ciudadanas, las leyes estatales que imponían la estricta observación del *sabbath* fueron gradualmente mitigadas en su severidad, especialmente en las regiones urbanizadas del país. El protestantismo de corte más evangélico hizo todos los esfuerzos posibles por mantener el antiguo Día del Señor. Sin embargo, estos esfuerzos incluso, comenzaron a estar regidos en medida creciente por el argumento de que el *sabbath* debería ser respetado no meramente porque era deber del hombre el consagrar ese día a Dios, sino más bien porque el hombre mismo tenía necesidad de un día racional de descanso después de una semana de trabajo y tensión<sup>26</sup>.

La urbanización también obró indirectamente en contra del sobrenaturalismo, por cuanto fue el ámbito privilegiado en el que era posible notar los mayores avances de las ciencias. La ciudad industrial, con sus abarrotados *slums*, proclives al desarrollo de las enfermedades contagiosas, ofreció a los científicos un nuevo estímulo, al inducirlos a enfrentar las condiciones de vida urbana. A la vez favoreció la especialización de las investigaciones en medicina y echó mano a los nuevos descubrimientos de L. Pasteur, J. Lister, H.H.R. Koch y otros pioneros europeos en bacteriología. El conocimiento de que las bacterias causaban diversas dolencias que podían ser controladas mediante la neutralización de los gérmenes sirvió, en el espíritu popular, para reevaluar el alcance de la mano de Dios en cuanto a la enfermedad y el imaginario de la muerte. En 1896, en la *Yale University* se ensayó el revolucionario descubrimiento del físico alemán Wilhelm C. Roentgen (1845-1923) de los rayos X, y antes de fines del siglo, el descubrimiento del *radium* por los Curie inauguró un nuevo período en la terapéutica. Gracias a estas innovaciones durante la última década del siglo XIX, la tasa de mortalidad descendió aproximadamente en un diez por ciento, y el promedio de vida se elevó de treinta y uno a treinta y cinco años.

El ámbito rural, en menor medida que la ciudad, experimentó necesidades que estimularon la investigación científica. La introducción en 1889 del escarabajo salvó las plantaciones de cítricos del estado de California de la devastadora costra blanquecina. La expe-

Norman Rubén Amestoy

rimentación patrocinada por los colegios y el Departamento de Agricultura de Washington, proveyó de nuevos métodos para la eliminación de las enfermedades que habían arruinado a los agricultores. Cada progreso que el conocimiento de las bacterias traía para la cría de animales, debilitaba la confianza de la gente de zonas rurales en las acciones sobrenaturales. Si el laboratorio no podía ofrecer una fórmula para evitar las sequías que asolaban a los agricultores en el Oeste, por lo menos podía predecir lo que probablemente habría de ocurrir a través de los aportes de la meteorología.

### El reto de la alta crítica y las religiones comparadas

Por otra parte, cabe recordar que además de los factores sociales, los mismos cimientos de la teología revelada y fe protestante en el poder sobrenatural fueron sacudidos por otros modos de conocimiento. En Inglaterra, Francia y Alemania, los especialistas en la filología comparada y los eruditos en la crítica de documentos hacía tiempo que estaban abocados a un examen exhaustivo de los textos bíblico y la relación de estos textos con el conocimiento probado en diversas disciplinas<sup>27</sup>. Los estudios filológicos pusieron en evidencia que las Sagradas Escrituras no habían sido originadas del modo en que los creyentes que las aceptaban como una verdad literal habían creído durante mucho tiempo. Por el contrario, se demostró que los textos bíblicos eran una compilación de una gran variedad de escritos de un período de más de un millar de años. Las confusiones y contradicciones de sus páginas no se avenían con la doctrina de que eran el producto directo del conocimiento divino. Los filólogos demostraron que el idioma no tenía su origen en las lenguas creadas por el colérico *fiat* de Yavé, sino en un proceso gradual; la misma lengua hebrea evidentemente no era una creación especial, sino el producto histórico de las diversas tribus semíticas que conformaban al pueblo escogido.

Los eruditos en el campo de la antropología y las religiones comparadas demolieron la versión bíblica del origen peculiar de la fe religiosa enseñada por las escrituras. Sus estudios demostraron que los relatos sobre diluvios, concepciones virginales, crucifixiones y expiaciones se hallaban presentes en los escritos religiosos de diversos pueblos, aparte del hebreo. En particular, el examen erudito de las antiguas religiones de la India que siguió a la conquista británica, y las excavaciones de los arqueólogos especialmente en Egipto y Babilonia, demostraron que los que habían sido contemplados como los rasgos únicos del cristianismo eran comunes a otras religiones, con lo que era posible refrendar su origen más bien natural que sobrenatural.

Algunos teólogos estadounidenses se limitaron a trasladar los descubrimientos en el campo de la crítica superior de los estudiosos europeos, y de sintetizar, interpretar y popularizar el trabajo de sus colegas de viejo continente. En este sentido, hay que destacar la labor de Philip Schaff (1819-1893), del *Union Theological Seminary. A Commentary on the Holy Scriptures* (1865-1880), una obra de veinticinco volúmenes, estaba basada en los estudios de John P. Lange, y la *Encyclopedia of Religious Knowledge* (1882-1884 primera edición<sup>28</sup>), descansaba en la erudición de Herzog, Plitt y Hauck, quien fueron los soportes de la crítica superior. Los eruditos inmigrantes de tradición judía, enriquecieron las universidades estadounidenses en cuanto a los conocimientos del Antiguo Testamento. La edición revisada de la Biblia de *King James*, apareció en la década de los ochenta, fue el resultado de la labor de los biblistas norteamericanos e ingleses. Los léxicos del hebreo y del Nuevo Testamento, de Francis Brown<sup>29</sup> (1849-1916) y Joseph Henry Thayer<sup>30</sup> (1828-1901), fueron



realizaciones meritorias<sup>31</sup>. En 1891, el profesor Orell Cone, de la escuela teológica de *St. Lawrence University*, publicó *Gospel-Criticism and Historical Christianity*, un estudio original que hizo honor a la erudición estadounidense. En la opinión de algunas de las autoridades europeas en la crítica superior, la obra de Cone, *Paul, the Man, the Missionary, and the Teacher* (1898), fue uno de los estudios biográficos más completos sobre el tema. En el campo de las religiones comparadas, James Freeman Clarke (1810-1888) con su *Ten Great Religions; An Essay in Comparative Theology* (1871), y las obras de Arthur H. Smith<sup>32</sup> (1845-1932) llamaron la atención de un gran público.

Estas contribuciones a la crítica superior y al conocimiento de las religiones comparadas, sirvió para limitar el área del sobrenaturalismo, primero entre el liderazgo, luego entre la feligresía. En este marco el profesor William N. Clarke, de la *Colgate University*, escribió “Puedo expresar mi progreso diciendo que hasta ahora había estado empleando la Biblia a la luz de sus principios ... Al comienzo yo decía: “Las Escrituras me limitan a esto”; luego afirmé: “Las Escrituras me abren el camino para esto ( ...) En lo que a la Biblia se refiere, no estoy obligado a incluir todas sus declaraciones en mi sistema; no, en modo alguno estoy obligado a ello; porque algunas de ellas no conciben con el espíritu de Jesús, y algunas expresan la verdad en formas que no pueden tener validez permanente”<sup>33</sup>.

Esta actitud de ver a la Biblia como una fuente, no de la verdad revelada con respecto a la creación y el origen del judaísmo y el cristianismo, sino como literatura y una fuente de belleza e inspiración, una guía ética, ganó una aceptación creciente. Sin embargo entre los presbiterianos -sin tomar en cuenta el resto de las denominaciones- durante los años 1883 a 1890, cinco teólogos inscriptos en el liberalismo teológico fueron acusados de herejía en razón de sus opiniones favorables a la crítica superior. Procesos similares y amenazas semejantes señalaron los anales de otras iglesias. Pero hacia 1892 los vientos estaban rotando definitivamente. En ese año, Charles A. Briggs<sup>34</sup>, uno de los más prominentes ministros presbiterianos, fue declarado libre de culpa por el presbiterio de Nueva York, por haber declarado que “toda definición *a priori* de la inspiración no solamente es anticientífica, sino también irreverente, presuntuosa, carente de la humildad con que deberíamos aproximarnos a un hecho divino, sobrenatural.”<sup>35</sup> Sus críticos apelaron por la sentencia de absolución ante un organismo eclesiástico superior, el cual a su vez lo condenó. Pero fue una falsa victoria; Briggs encontró una recepción favorable en la Iglesia Episcopal, y los sectores opositores se resistían a reconocer que sus posiciones estaban en retroceso.

Aunque las grandes mayorías protestantes estadounidenses, especialmente entre los sectores populares y de las zonas rurales, se resistían a abandonar su fe afirmada en el significado literal de las escrituras, un número creciente de adeptos, como asimismo de ministros y pastores, comenzó a dudar de su infalibilidad. En el término de una semana después de la publicación del Nuevo Testamento revisado, fueron vendidos doscientos mil ejemplares en Nueva York solamente, y dos de los principales periódicos de Chicago ofrecieron a sus lectores el texto íntegro. La recepción masiva de libros como *Who Wrote the Bible?* (1891), de Washington Gladden<sup>36</sup>, sugiere que un gran número de creyentes estaba aceptando las nuevas posiciones de que la Biblia no era ni en su origen ni en su condición lo que tradicionalmente se había supuesto. Otro elemento que confirma la extensión del derrumbe del antiguo dogmatismo fue la aceptación de ciertas novelas religiosas de inspiración teológica liberal, tales como *John Ward y Preacher*, de Margaret Deland, y *Robert Elsemere*, de Mrs. Humphrey Ward, dos de las cuales fueron verdaderos *best-sellers* en 1888, con lo cual los resultados de la crítica superior se popularizaron sin restricciones.

Norman Rubén Amestoy

### Las respuestas; De la teología académica a *Ben-Hur*.

Cabe recordar que gran parte del pensamiento protestante estaba moldeado en los avivamientos del siglo XVIII y del XIX, y postulaba entre la ortodoxia de sus creencias que Dios, como creador, no sólo se situaba por encima de las leyes de la naturaleza, sino que también intervenía directamente en los acontecimientos naturales y la historia, mediante la acción de milagros y la operación de su gracia.

Desde el inicio de los tiempos coloniales en los Estados Unidos, el dominio del “sobrenaturalismo” había ido progresivamente perdiendo terreno a pesar de los diques que periódicamente habían colocado los *revival*. Cada avance generado en el ámbito científico, comprimía de manera sucesiva la esfera de los misterios desconocidos.

El sistema newtoniano, que había sido en otro tiempo un desafío a la ortodoxia, a mediados del siglo XIX ya había sido asimilado gradualmente por las corrientes principales del calvinismo, los episcopales y wesleyanos por igual. Está asimilación implantó en los sectores intelectuales, los pastores y en alguna medida en la gente común que componía la feligresía, aprecio por las ideas de derecho natural, las nociones de causa y efecto e incluso la necesidad de mayor control mediante el conocimiento de los cambios imprevisibles operados en la naturaleza. Bajo el influjo del creciente espíritu científico y el avance de la “marea racionalista”, muchos aceptaron todo lo implícito en el concepto newtoniano de un universo mecanicista y se ajustaron a los desarrollos de la teología natural que les proponía el deísmo. Los deístas, de igual manera que el “libre pensamiento” y otros movimientos derivados de éste, sin embargo no llegaron a despertar masivas simpatías populares.

Un número considerable de adeptos aceptaron una versión del deísmo, expresado en los Estados Unidos en el denominado unitarismo. Sin rechazar enteramente la teología revelada, los unitarios limitaban su papel, aunque para Theodore Parker (1810-1860), uno de los racionalistas unitarios más intransigentes de mediados del siglo XIX, el sobrenaturalismo no tenía ninguna relevancia.

La incidencia del espíritu científico fue tan notoria que incluso en el seno de las corrientes teológicamente más conservadoras, la gravitación de las ideas racionalistas modificaron lentamente la idea de un Dios arbitrario e imprevisible, capaz de contravenir el funcionamiento regular de los fenómenos naturales. El pensamiento newtoniano, que tanto había bregado por instalarse y no hacía demasiado tiempo, y parecía ser la última palabra científica, ahora también se estaba modificando lentamente. La hipótesis nebular debilitó la doctrina fija y absoluta de los orbes de movimiento mecánico.

En biología, las enseñanzas del médico y naturalista británico Erasmus Darwin (1781-1802) y, sobre todo, de Jean-Baptiste Lamarck (1744-1829), introdujeron en las clasificaciones fijas de Carl Linneo (1707-1778) una concepción evolucionista<sup>37</sup>. Como ya vimos arriba, más importante aún, fue la obra de Sir Charles Lyell, quien en el segundo tercio del siglo XIX, postuló la gradual evolución de la tierra, a través de considerables período de tiempo. Estos nuevos desarrollos científicos apuntaban de modo directo contra la concepción newtoniana de un universo creado por el *fiat* de un “arquitecto divino”, como asimismo con su aliada, la doctrina cristiana de una creación fija.

Después de algunas resistencias por parte de los líderes protestantes más ortodoxos, las doctrinas científicas y el deísmo que mantenía elementos sobrenaturalistas fueron reconciliados.

Esto fue posible gracias a la doctrina del “plan”, por el cual se inscribía cada

“hecho”, o “cadena de relaciones” o teorías científicas, como una evidencia más de la soberana sabiduría del propósito de Dios. La armonización de la teología revelada del protestantismo a los conceptos científicos más nuevos, fue efectuada mediante la doctrina de las “causas secundarias”, por la cual, se dividían las funciones de *fiat* del Creador, del cumplimiento detallado y subsecuente, mediante la ley científica, de sus intenciones finales. La doctrina de Lyell de que la tierra, en lugar de haber sido creada en siete días, era el resultado de un largo desarrollo glacial, era saludada de esta manera como una nueva prueba del plan de Dios y de su empleo de las “causas secundarias”. De modo similar, el creciente conocimiento de la complejidad y de los procesos de la vida en el mundo animal y vegetal, fueron adaptados al teísmo de la teología revelada, a través de la doctrina de que Dios estaba inmanente en todas sus criaturas<sup>38</sup>. De este modo, es posible aseverar que hacia fines del siglo, el avance de la ciencia en general, había sido ajustado por los teólogos de manera que acordaba con las doctrinas cristianas. Con todo, el proceso mediante el cual esto fue realizado, inevitablemente delimitó el área de la teología revelada y la fe sobrenaturalista, con el consecuente aumento del naturalismo.

Como ya pudimos constatar, la incidencia de la teología revelada, el sobrenaturalismo y el espiritualismo teísta, fue perdiendo cada vez más espacio en ámbitos intelectuales, no así entre las grandes mayorías ciudadanas donde siguió manteniendo su vitalidad con posterioridad a la Guerra Civil. Al parecer el freno impuesto por los movimientos avivamentistas de 1857-1858, tuvieron un efecto perdurable en el tiempo. La membresía de las iglesias se mantuvo estable, en proporción al desarrollo de la población. Por cierto que la simple adhesión a una denominación religiosa no significaba la necesaria identificación con convicciones sobrenaturalistas. Sin embargo en el cuadro de la mayor parte de las denominaciones tradicionales, la mayoría de los feligreses y una gran parte de los ministros se aferraron a las concepciones ortodoxas y a la defensa de lo sobrenatural. El catolicismo por su parte, agregó grandes contingentes a los templos, sobre todo por las grandes afluencias de feligreses provenientes del movimiento inmigratorio. Cabe recordar que el catolicismo, de manera más monolítica era en general refractario a la ciencia, en especial si debilitaba los cimientos de la teología revelada de la Iglesia<sup>39</sup>.

Los tiempos en que los teólogos escribían grandes tratados sistemáticos, tales como los de Jonathan Edwards (1703-1758), Joseph Bellamy (1719-1790)<sup>40</sup> y Samuel Hopkins (1721-1803), eran cosa del pasado. Después de la Guerra Civil, los estudiosos recordaban y respetaban la *Rational Psychology* (1848) de Laurens Perseus Hickok (1798-1888) con sus notas cuasi-kantianas. Cabe recordar que el presidente del *Union College* era uno de los más competentes filósofos norteamericanos, situado entre J. Edwards y los nuevos pragmatistas. Los creyentes cultos aplaudieron a *Hickok's Humanity Immortal* (1872) y *Logic of Reason* (1875), como inteligentes defensas del espiritualismo teísta<sup>41</sup>. En 1873, Charles Hodge (1797-1878) expresó de manera básica, una defensa sostenida de la infalibilidad de la Biblia en su *Systematic Theology*. Según el autor, de acuerdo con esa Palabra, no correspondía a los hombres - a su juicio comparables con los gusanos de la tierra-, el enredarse con el problema de la duración del futuro castigo. En la opinión del teólogo de Princeton, “debería constreñirnos a la humildad y al silencio sobre este tema, el hecho de que las más solemnes y explícitas declaraciones sobre la eterna miseria de los impíos registradas en las Escrituras, hayan salido de labios de Él, quien, siendo igual a Dios, fue hallado con figura de hombre, y se humilló hasta la muerte, incluso la muerte en la cruz, por nosotros los hombres y por nuestra salvación”<sup>42</sup>.



Norman Rubén Amestoy

A la exposición de Hodge la salió a respaldar William G. T. Shedd (1820-1894) con su *Dogmatic Theology* (1888), en una minuciosa y razonada defensa del calvinismo<sup>43</sup>. Aunque los pastores pudieran haberse sentido sobrepasados por esas densas obras teológicas tenían, no obstante, un profundo respeto por ellos, y desde sus púlpitos predicaban las doctrinas que encuadraban con sus enseñanzas.

El protestantismo evangélico, con su basamento y notas sobrenaturalistas, alcanzó los auditorios de mayor masividad a través de los sermones del evangelista Dwight L. Moody. Insistiendo en que “la Biblia no fue hecha para ser comprendida”, este influyente “modelador de almas” fue quien en el último tercio del siglo XIX, no solo colocó un límite preciso al racionalismo mediante sus esfuerzos avivamentistas, sino que además de devolver creyentes a las iglesias, contribuyó a que los principios dogmáticos teístas permanecieran vigentes. Si bien los “despertares” desarrollados por D. Moody alcanzaron especialmente a las clases medias, los sectores populares no quedaron sumidos en la orfandad.

En las “guaridas de la iniquidad” de las urbes industriales, los menesterosos escucharon entusiastas invitaciones al arrepentimiento y llamados a enrolarse en las filas del *Salvation Army* del general William Booth (1829-1912). Esta denominación evangélica, fue introducida en los Estados Unidos hacia 1880, y apeló a los sectores más desvalidos de las ciudades mediante sus uniformes llamativos, sus atrayentes trombones y tambores, y sus himnos religiosos. Desde el comienzo de sus actividades sostuvieron albergues donde brindaban café y buñuelos para los hambrientos. Sin embargo toda la labor tenía como único norte establecer una relación de completa dependencia con “lo sobrenatural”, ya que todo era en su nombre y para sus fines<sup>44</sup>.

La popularidad de ciertos libros y publicaciones reveló, al igual que los “revivals” y las campañas morales evangélicas, el influjo de las convicciones y los valores éticos del sobrenaturalismo. Cuando, en 1868, Elizabeth Stuart Phelps<sup>45</sup> (1844-1911) publicó *The Gates Ajar*, reflexionó sobre necesidades compartidas por el gran público. Gente que aún lloraba la pérdida de sus allegados en la guerra, encontró el consuelo en la certeza de que la vida era realmente eterna, y que el Cielo era un lugar real y accesible a través del amor de divino. Las siguientes novelas de E. Phelps presentaban con lujo de detalles la realidad de la eternidad y la vida cotidiana que era esperable una vez que los hombres atravesaran los portales de oro. Otras novelas intensamente religiosas de este tiempo y que alcanzaron gran difusión fueron escritas por el pastor presbiteriano y novelista, Edward Payson Roe (1838-1888) y por Josiah Gilbert Holland (1819-1881) inscripto en el metodismo. Sin embargo ningún libro alcanzó la popularidad y se extendió con tanto ímpetu como *Ben Hur* (1880), del general Lewis Wallace (1827-1905). En la novela, el autor combinaba el romanticismo y la piedad popular tan extendida entre las novelas decimonónicas en los Estados Unidos. La importancia de este best-seller fue que más allá de que la obra dramatizó a Cristo como héroe sin menoscabar la reverencia por Él en su dimensión sobrenatural, ayudó a eliminar las resistencias que el clero protestante tenía hacia las novelas y permitió que muchos cristianos comenzaran a acceder por primera vez a los textos sentimentales, el teatro y posteriormente el cine.

En los sectores juveniles, las doctrinas sobrenaturales estaban igualmente bien arraigadas. En los primeros años de la década del noventa, el psicólogo infantil Earl Barnes reveló, mediante la realización de cuestionarios, que la gran mayoría de un millar de estudiantes californianos encuestados, imaginaban a Dios como un anciano enorme de cabellera blanca, generalmente compasivo, pero a la vez, capaz de provocar una catástrofe a su



voluntad; el Cielo, por otra parte, era representado como un lugar de calles de oro, con ángeles que tañen arpas de oro; y la representación mental del diablo era una criatura provista de cuernos y cola según el imaginario de las antiguas supersticiones<sup>46</sup>.

Ideas menos antropomórficas pero no menos sobrenaturales encontraron cabida en los libros de los textos escolares. Así por ejemplo, Steele en su *Fourteen Weeks of Chemistry* (1873), afirmaba: “Cada átomo diminuto, es vigilado por el Ojo Eterno y guiado por la Mano Eterna”. Las variaciones climáticas y otras influencias ambientales, no alcanzaban a explicar las peculiaridades de los animales; éstas eran el resultado, según la *Geography* de Colton, de la sabiduría y la benevolencia superiores de Dios. En términos similares, los niños aprendían en la *Primary Geography*, de Cruikshank, que “Dios hizo el mundo para que el hombre viviera en él y lo ha acomodado para su conveniencia y su confort.” Como es fácil imaginar, las reglas de la buena conducta descansaban directamente en los mandatos escriturales. Estas eran las notas que llevaban la mayoría de los materiales de lectura destinados a la instrucción de los niños en materia científica y lo era también en lo que atañe a gran parte de la ciencia popular que llegaba a los adultos y, ciertamente, a un conjunto vasto y extensamente leído de literatura laica de ficción y de otros géneros.

La continuidad de respuestas de una teología evangélica de fuertes notas arraigadas en el espiritualismo teísta contribuyeron a mantener en boga entre las grandes mayorías el sobrenaturalismo en sus formas más tradicionales y ortodoxas. Esto respondía no solo a la falta de un dialogo creativo entre la ciencia y la teología, con el consecuente repliegue en las respuestas elaboradas por la apologética clásica, sino también respondía a las necesidades emocionales de un gran número de norteamericanos. Los argumentos de la teología sobrenaturalista ofrecían confianza en un contexto de grandes transformaciones, cambio y dislocación concomitante a la industrialización y la urbanización y a los desafíos introducidos por las nuevas ciencias con todas sus incertidumbres.

A fines de siglo XIX ya había declinado la confianza en la capacidad de los esfuerzos humanos para enfrentar la marcada complejidad social. Las convicciones del “perfeccionismo cristiano” presentes en el último gran avivamiento de 1858, ya no tenían el optimismo de antaño. El camino terrenal se mostraba más crítico, y en dicho marco, el sobrenaturalismo, brindó sus explicaciones de las adversidades y su fe en el futuro. Sin embargo, quedaba claro, que las necesidades emocionales reforzaban el dominio de lo sobrenatural en la vida intelectual de estadounidenses.

Enviado: 14/03/10. Aprobado: 16/06/10.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Para un análisis general del periodo, especialmente a partir de la década de 1890 véase Nevins, Allan; Commager, Henry y Morris, Jeffrey. *Breve Historia de los Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, Mexico, 1994, pp. 371-382.
- <sup>2</sup> Darwin, Charles, *The Origin of Species*, John Murray, London, 1859.
- <sup>3</sup> Gribbin, John, *Historia de la ciencia, 1543-2001*; Crítica, Barcelona, 2005, pp. 267-275; Secord, James A, “Introduction” to *Charles Lyell’s Principles of Geology*, Penguin, Londres, 1997 y Virgili, Carmina, *El fin de los mitos geológicos, Lyell*. Nivola Libros y Ediciones, Madrid, 2003.
- <sup>4</sup> Un eón es un período de tiempo indefinido. En geología, los eones son los períodos en los que se encuentra dividida la historia de la tierra desde el punto de vista geológico y paleontológico. Equivalen a mil millones de años.
- <sup>5</sup> Agassiz Louis, *An Essay on Classification*, London, Longman, Brown, Green, Longmans, & Roberts, 1859. Entre las obras más importantes del geólogo y paleontólogo suizo es posible mencionar: *Recherches sur les poissons fossiles*. Petitpierre, Neuchâtel, 5 vol, 1833 -1843 ; *Études sur les glaciers*. Jent & Gassmann, Neuchâtel, 1840; *Bibliographia, zoologica et*

## Norman Rubén Amestoy

geologiae. *A general catalogue of all books, tracts, and memoirs on zoology and geology*. Edited and enlarged by Hugh Edwin Strickland. 4 vols, Ray Society, London, 1848-1854; *Lake Superior: its character, vegetation, and animals, compared with those of other similar regions*, Gould, Kendall & Lincoln, Boston, 1850. *Contributions to the natural history of the United States of America*, 4 vols, Little, Brown, & Company and Trübner, Boston and London, 1857-1862; *Nouvelles études et expériences sur les glaciers actuels, leur structure, leur progression et leur action physique sur le sol*, Victor Masson, Paris, 1847; *Lake Superior: its physical character, vegetation, and animals, compared with those of other and similar regions*, Gould, Kendall and Lincoln, Boston, 1850.

<sup>6</sup> Lurie, Edward. *Louis Agassiz: A Life in Science*, John Hopkins University Press, 1988.

<sup>7</sup> La primera edición databa de 1862.

<sup>8</sup> *The Atlantic Monthly* fue una revista literaria y cultural fundada en Boston en 1857 por un grupo de escritores entre los que se destacaban Ralph W. Emerson, Henry W. Longfellow y Oliver W. Holmes. En el periodo inicial, al que hacemos referencia, el Editor responsable de la publicación era James Russell Lowell (1819-1891), quien la administraría entre 1857-1861.

<sup>9</sup> George F. Wright además de geólogo previamente había sido pastor Congregacionista en Bakersfield, Vermont (1861-1872) y Andover, Massachusetts (1872-1881), para luego pasar a ser profesor en el *Oberlin Theological Seminary* (Ohio), en el área de Nuevo testamento durante el periodo 1881-1892 y luego de la cátedra de “Armonía de la ciencia y la revelación”, hasta su retiro en 1907. Escribió acerca de geología, historia y teología. *Logic of Christian Evidences* (Andover, 1880), *Studies in Science and Religion* (1882), *The Divine Authority of the Bible* (1884), *The Glacial Boundary in Ohio, Indiana, and Kentucky* (Cleveland, 1884), *The Ice Age in North America, and its Bearings upon the Antiquity of Man* (New York, 1889; 5 ed., 1911), *Man and the Glacial Period* (New York, 1892), *Greenland Icefields and Life in the North Atlantic* (1896), *Scientific Aspects of Christian Evidence* (1898). Posteriormente hizo una revisión de sus posturas, haciendo un giro hacia el fundamentalismo teológico. De este periodo son sus trabajos: *Scientific Confirmations of Old Testament History* (Oberlin, 1907), *Origin and Antiquity of Man* (1912); “The Mosaic Authorship Of The Pentateuch”, in *The Fundamentals: A Testimony to the Truth*, Chapter 2 y “The Passing of Evolution”, in *The Fundamentals: A Testimony to Truth*, Chapter 69. Sobre el paso del darwinismo al fundamentalismo cfr. Numbers Ron, “George Frederick Wright: From Christian Darwinist to Fundamentalist”, *Isis* N° 79 (1988), pp. 624-645. En 1891 publicó un relevante trabajo biográfico acerca de *Charles Grandison Finney* (Boston, 1891).

<sup>10</sup> A. Winchell fue durante muchos años profesor de Geología y paleontología en la Universidad de Michigan. A él se debieron importantes investigaciones del río Mississippi. Como profesor y escritor Winchell hizo mucho para conciliar la ciencia, y particularmente el evolucionismo, con la religión. Como H. W. Beecher, había abrazado la evolución como la forma en que Dios había operado en el mundo.

<sup>11</sup> Entre sus obras hay que señalar *Elements of Geology* (1878, 5 ed. 1889); *Religion and Science* (1874), y muy especialmente *Evolution: its History, its Evidences, and its Relation to Religious Thought* (1888). Cfr. Cato, Phillip C. “*The Evolutionary Theology of Joseph LeConte*.”, Ph.D. dissertation, Emory University, 1977.

<sup>12</sup> Además de ser un decidido defensor de la teoría de la evolución, Beecher también se encolumnó detrás de las banderas abolicionistas, el apoyo al sufragio femenino y la crítica científica de las escrituras.

<sup>13</sup> Beecher, Henry Ward, *Evolution and Religion*, Fords, Howard and Hulbert, 1885, pp. 45-46.

<sup>14</sup> Gladden fue pastor congregacionista identificado con el *Social Gospel*. En esta dirección, hay que señalarlo como pionero de la sindicalización obrera y un opositor a la segregación racial. Prolífico escritor, entre sus obras es posible mencionar: *Working People and their Employers* (1876), *Applied Christianity* (1887), *Who Wrote the Bible* (1891), *The Church & the Kingdom* (1894), *Social Salvation* (1901), *Christianity & Socialism* (1905), *The Labor Question* (1911).

<sup>15</sup> H. Drummond pertenecía a la Iglesia Libre de Escocia y contribuyó con el avivamiento liderado por D. Moody y Sankey. Entre sus obras hay que mencionar: *Natural Law in the Spiritual World* (1883), *The Ascent of Man* (1894), y *The Ideal Life and Other Unpublished Addresses* (1897). Cfr. Toone, Mark James, *Evangelicalism in Transition: A Comparative Analysis of the Work and Theology of D.L. Moody and His Proteges, Henry Drummond and R.A. Torrey*, A Doctoral Dissertation, Faculty of St. Mary's College, University of St. Andrews, 1988.

<sup>16</sup> *Outlines of Cosmic Philosophy* (1874), *Darwinism and Other Essays* (1879; 2 ed. revisada y aumentada 1885), *Excursions of an Evolutionist* (1883), *The Destiny of Man Viewed in the Light of his Origin* (1884), *The Idea of God as Affected by modern Knowledge* (1885), *A Century of Science and Other Essays* (1899), *Through Nature to God* (1899)

<sup>17</sup> Entre su vasta producción es menester señalar: *Evolution of Christianity* (Lowell Lectures, 1896); *The Theology of an Evolutionist* (1897). En ellas el autor desarrolla la idea de la evolución desde una perspectiva teológica cristiana.

<sup>18</sup> Entre las obras que fortalecieron esta posición véase: *History of the Conflict between Religion and Science*. New York: D. Appleton, 1874 y *Science in America*, Inaugural address of Dr. John W. Draper, as president of the American Chemical Society New York, J.F. Trow & Son, Printers, 1876. Cfr. Fleming, Donald, *John William Draper and the Religion of Science*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1950.

<sup>19</sup> Inscrito en la tradición de la Iglesia Episcopal, White, junto a Ezra Cornell, estableció en 1865 la *Cornell University* en Ithaca (New York), una institución que apuntaba a la formación educativa de las élites y de la que White fue su primer presidente.

<sup>20</sup> Incluso, bien entrado en el siglo XX, algunos estados intentaron prohibir legalmente la enseñanza de la evolución como verdad establecida en las escuelas y los colegios públicos. En 1925, William Jennings Bryan atrajo la atención del mundo entero en un proceso al maestro de Dayton, John Scopes, al sostener la versión bíblica de la creación en el sonado “Juicio del Mono”. Sin embargo, estos hechos eran solo un remezón contra la corriente principal y dominante.

## Darwinismo, desafíos finiseculares y Protestantismo (1870-1900)

- <sup>21</sup> Nos referimos a los ensayos *The Evolution of Self-Consciousness* y *Genesis of Species* (1871).
- <sup>22</sup> Desarrolló más de 800 variedades de plantas entre las que se incluyeron frutas, flores, granos, gramíneas y hortalizas., entre las que se destacó la *Russet Burbank potato*, *Chrysanthemum burbankii Makino* (Asteraceae). Entre sus obras, es necesario resaltar el catálogo descriptivo *New Creations in Fruits and Flowers* (1893), *How Plants Are Trained to Work for Man* (1921), *Harvest of the Years* (junto a Wilbur Hall, 1927), *Partner of Nature* (1939), *Luther Burbank: His Methods and Discoveries and Their Practical Application*. 12 Vol. En uno de sus últimos discursos en la Primera Iglesia Congregacionista de San Francisco, en 1926 afirmó: “*I love humanity, which has been a constant delight to me during all my seventy-seven years of life; and I love flowers, trees, animals, and all the works of Nature as they pass before us in time and space. What a joy life is when you have made a close working partnership with Nature, helping her to produce for the benefit of mankind new forms, colors, and perfumes in flowers which were never known before; fruits in form, size, and flavor never before seen on this globe; and grains of enormously increased productiveness, whose fat kernels are filled with more and better nourishment, a veritable storehouse of perfect food—new food for all the world’s untold millions for all time to come.*” cfr. Kraft, K. *Luther Burbank, the Wizard and the Man*. Meredith Press, New York, 1967, p.197.
- <sup>23</sup> Para corroborar lo que afirmamos alcanza con repasar algunas de sus producciones: *Brief explanations of a new chart of chemistry: Upon which the fundamental principles of the science ... are represented to the eye by diagrams and colors in the clearest manner* (1850); *Alcohol and the constitution of man; Being a scientific account of the chemical properties of alcohol, and its leading effects upon the healthy human constitution* (1854); *Chemical atlas ; Or, The chemistry of familiar objects* (1856); *A class-book of chemistry: In which the principles of the science are familiarly explained and applied to the arts, agriculture, physiology, dietetics ...*(1859); *Handbook of household science: A popular account of heat, light, air, aliment, & cleansing in their scientific principles & domestic application* (1864); *The culture demanded by modern life: A series of addresses and arguments on the claims of scientific education* (1867).
- <sup>24</sup> Schlesinger, Arthur M. “A critical period in American religion, 1875-1900”; *Proceedings of the Massachusetts Historical Society*, LXIV (Junio, 1932)
- <sup>25</sup> Dillenberger, John y Welch, Claude. *El Cristianismo Protestante*, La Aurora – Casa Bautista de Publicaciones, Buenos Aires – México, 1954, pp. 225- 236.
- <sup>26</sup> Un trabajo pionero en este sentido es la obra de Bronner, Frederick L. “The observance of the sabbath in the United States”, *Harvard Summaries of Ph. D theses, 1937*, Harvard University Press. 1938.
- <sup>27</sup> *Op cit*, Dillenberger – Welch (1954), pp. 179- 187.
- <sup>28</sup> La tercera edición corresponde al año 1891, y una nueva edición revisada y completada apareció en trece volúmenes entre 1908 y 1914.
- <sup>29</sup> Francis Brown se graduó en Dartmouth en 1870 y en el *Union Theological Seminary* en 1877, para luego continuar sus estudios en Berlín. Allí se especializó en estudios filológicos y en 1879 pasó a ser profesor de filología bíblica en el *Union Theological Seminary*; y en 1890 profesor de hebreo.
- <sup>30</sup> J.E. Thayer se formó en la *Boston Latin School* y posteriormente se graduó en Harvard (1850). Paso seguido principió sus estudios teológicos en *Harvard Divinity School*, para graduarse en 1857 en el *Andover Theological Seminary*. Entre sus obras hay que mencionar: *Clavis Novi Testamenti* (1886; y la edición revisada de 1889) y *A Greek-English Lexicon of the New Testament, and his New Testament Bibliography* (1890).
- <sup>31</sup> Aunque debido a los trabajos de Gustav A. Deissmann sobre los papiros egipcios rápidamente el *Lexicon* de Thayer quedó desactualizado.
- <sup>32</sup> Entre sus obras hay que señalar: *Chinese Characteristics*, Revell, New York, 1894; *Village Life in China; a Study in Sociology*. F. H. Revell Company, New York, Chicago, 1899; *China in Convulsion*. F. H. Revell Co, New York, 1901; *Proverbs and Common Sayings from the Chinese, Together with Much Related and Unrelated Matter, Interspersed with Observations on Chinese Things in General*. New York, 1914.
- <sup>33</sup> Clarke, William N; *Sixty Years with the Bible*; Charles Scribner’s Sons, 1909, pp. 97-98, 120-121, 210-211.
- <sup>34</sup> Entre las obras de Briggs, Charles A. *Whither?*, Scribner, 1889.
- <sup>35</sup> Cit. Hart D.G. - Meuther J. R. *Turning Points of American History - Confessional Revision of 1903*, New Horizons (Aug/Sept 2005).
- <sup>36</sup> Los estudios filológicos sobre las concepciones teológicas dieron origen a una copiosa literatura. Ejemplos de ella son además de la obras de Gladden, Washington, *Who Wrote the Bible?*, Houghton Mifflin, 1891; y la mencionada de Briggs Charles A. *Whither?*, Scribner, 1889; hay que citar de Evans Llewelyn J, *Biblical Scholarship and Inspiration*, R. Clarke and Co., Cincinnati, 1891;
- <sup>37</sup> *Op. cit.*, Gribbin, (2005), pp. 276-282.
- <sup>38</sup> Para la idea de immanencia en la teología liberal del siglo XIX véase: *Op. cit.*, Dillenberger – Welch (1954), p. 201.
- <sup>39</sup> Illanes, José Luis – Saranyana, Josep Ignasi; *Historia de la Teología*, BAC, Madrid, 1996, pp. 316-318.
- <sup>40</sup> *True Religion Delineated* (1750), *The Wisdom of God in the Permission of Sin* (1758), *Theron, Paulinus and Aspasio; or Letters and Dialogues upon the Nature of Love to God, Faith in Christ, and Assurance of a Title to Eternal Life* (1759), *The Nature and Glory of the Gospel* (1762), *A Blow at the Root of Antinomianism* (1763), *There is but One Covenant* (1769), *Four Dialogues on the Half-Way Covenant* (1769), *A Careful and Strict Examination of the External Covenant* (1769); Sus obras completas se publicaron en tres volúmenes en 1811-1812 y en dos volúmenes en 1850 con un estudio introductorio de reverendo Tryon Edwards.
- <sup>41</sup> L. Hickok además escribió otras obras como: *System of Moral Science* (1853), *Empirical Psychology* (1854), *Rational Cosmology* (1858), y *Creator and Creation, or the Knowledge in the Reason of God and His Work* (1872).
- <sup>42</sup> Hodge, Charles, *Systematic Theolog*, Charles Scribner’s Sons, 1872-1873, tomo III, p. 880.



Norman Rubén Amestoy

- <sup>43</sup> Entre los trabajos de William Greenough Thayer Shedd se destacan: *Lectures on the Philosophy of History* de 1856, (donde aplica a la historia la teoría de la evolución orgánica), *Discourses and Essays* (1856), *A Manual of Church History* (2 vols, 1857), *A History of Christian Doctrine* (2 vols, 1863), *Sermons to the Natural Man* (1871), *Theological Essays* (1877), *Literary Essays* (1878), *Commentary on the Epistle to the Romans* (1879), *Sermons to the Spiritual Man* (1884) y *The Doctrine of Endless Punishment* (1885).
- <sup>44</sup> Asociada a las corrientes evangélicas estaba la difundida y enfática insistencia en la sanción divina para la piedad y las costumbres cristianas tradicionales. En respuesta a la creciente secularización de la vida en el último tercio del siglo XIX, los cristianos fanáticos exigieron la incorporación a la Constitución federal de una enmienda que declaraba que Cristo era el Gobernante, y la Biblia la ley que debía controlar la vida nacional. El puritanismo pretérito, revivido por la afectación victoriana, apoyó las actividades de Anthony Comstock, un cruzado moral que, en nombre de Cristo, combatió por igual a la pornografía y a todo lo que consideraba inmoral en los clásicos. Una ley federal de 1873 y una legislación protectora en diversos estados atestiguaron el apoyo popular a sus esfuerzos por introducir en la legislación de su país un estrecho concepto de la conducta cristiana, basado en revelaciones y sanciones sobrenaturales.
- <sup>45</sup> Elizabeth S. Phelps perteneció a la tradición de la iglesia Congregacional donde su padre, Austin Phelps fue ministro para luego establecerse como docente en el *Andover Theological Seminary*. E. Phelps además de destacarse por sus obras literarias de fuertes notas espiritualistas, fue una activa reformadora social, militó en la lucha por la templanza y también bregó por la emancipación femenina. Entre sus numerosos ensayos es posible mencionar: *Ellen's Idol* (1864), *Mercy Gliddon's Work* (1866), *Men, Women, and Ghosts* (1869), *Hedged In* (1870), *The Silent Partner* (1871), *What to Wear* (1873), *Poetic Studies* (1875), *The Story of Avis* (1877), *An Old Maid's Paradise* (1879), *Doctor Zay* (1882), *Beyond the Gates* (1883), *Songs of the Silent World* (1884), *Jack the Fisherman* (1887), *The Gates Between* (1887), *The struggle for Immortality* (1889), *A Singular Life* (1895), *The Story of Jesus Christ* (1897), *The Supply at Saint Agatha's* (1897), y *Within the Gates* (1901), entre otros.
- <sup>46</sup> Barnes, Earl; "Theological life of a California Child", *Pedagogical Seminary*, T. II, 1892. También hay que mencionar otros estudios pioneros como: *Studies in Education*, (1897), en dos volúmenes; *Where Knowledge fails* (1907) *Women in Modern Society* (1912), *Psychology of Childhood and Youth* (1914).

## BIBLIOGRAFÍA

- Bronner, Frederick L. "The observance of the sabbath in the United States", *Harvard Summaries of Ph. D theses, 1937*. Harvard University Press. 1938.
- Dillenberger, John y Welch Claude, *El Cristianismo Protestante*, La Aurora – Casa Bautista de Publicaciones. Buenos Aires – México, 1954
- Fleming, Donald, *John William Draper and the Religion of Science*. University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1950.
- Gribbin, John, *Historia de la ciencia, 1543-2001*. Crítica, Barcelona, 2005.
- Hart D.G. - Meuther J. R. *Turning Points of American History - Confessional Revision of 1903*, New Horizons (Aug/Sept 2005).
- Hodge, Charles, *Systematic Theolog*. Charles Scribner's Sons, 1872-1873, tomo III.
- Illanes, José Luis – Saranyana, Josep Ignasi; *Historia de la Teología*. BAC, Madrid, 1996,
- Kraft, K. *Luther Burbank, the Wizard and the Man..* Meredith Press, New York, 1967, p.197.
- Lurie, Edward, *Louis Agassiz: A Life in Science*. John Hopkins University Press, 1988.
- Nevins, Allan; Commager, Henry y Morris, Jeffrey, *Breve Historia de los Estados Unidos*. Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- Schlesinger, Arthur M. "A critical period in American religion, 1875-1900"; *Proceedings of the Massachusetts Historical Society*, LXIV (Junio, 1932).
- Secord, James A, "Introduction" to *Charles Lyell's Principles of Geology*. Londres, Penguin, 1997.
- Toone, Mark James, "Evangelicalism in Transition: A Comparative Analysis of the Work and Theology of D.L. Moody and His Proteges, Henry Drummond and R.A. Torrey" a Doctoral Dissertation, Faculty of St. Mary's College, University of St. Andrews, 1988.
- Virgili, Carmina, *El fin de los mitos geológicos, Lyell*. Nivola Libros y Ediciones, Madrid, 2003.

